

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 El sentido del trabajo
- Ludovico Videla* 6 Complejidad del problema del trabajo
- Toon Vandevelde* 16 Trabajo y autorealización
- Nikolaus Lobkowitz* 26 El sentido cristiano del trabajo
- Jorge Saltor* 37 Conocimiento y trabajo
- Hernán Zucchi* 45 La culminación de la *vita activa* en Hannah Arendt
- Cristina Corti Maderna* 55 La mujer y el trabajo
- Alberto Usieto-Blanco* 67 Presentación del Documento sobre la situación económica y social en Alemania
- 69 Documento: Secciones sobre trabajo y desempleo
- Etienne Perrot* 91 El porvenir del estado - Providencia

Conocimiento y trabajo

*por Jorge E. Saltor**

1. Sus relaciones

Me parece un buen punto de partida mencionar la definición que E. Borne da del trabajo; sobre la base de tal definición se podrá avanzar luego con mayor facilidad en el tema, más complejo de lo que a simple vista parece, de las relaciones que hay entre el conocimiento y el trabajo en estas alturas de los tiempos. "Llamo trabajo, dice Borne, al esfuerzo creador de los bienes útiles, es decir, al esfuerzo que se pone en la constitución de una obra destinada de por sí al servicio de la humanidad, que es por su origen un esfuerzo personal, y por sus fines, fraternal". En cuanto al conocimiento, lo consideraré a la manera platónica, tal como se infiere de la lectura del Teeteto, es decir, como el conjunto de las proposiciones enunciativas que son verdaderas y tienen intrínseca o extrínsecamente una justificación. Si se consideran ambas nociones— trabajo y conocimiento— salta a la vista una inmediata dificultad: el primero está orientado a la utilidad humana, mientras que el segundo— por lo menos en la gran tradición griega— está orientada a la contemplación, pues aquél es "un esfuerzo creador de bienes útiles" mientras éste es una visión fundada de la verdad. ¿Pero hay una diferencia esencial entre utilidad y contemplación, entre interés y mero gozo frutivo en la presentación de un ser intencional?

Creo que estas oposiciones tajantes deben ser desechadas, a pesar del prestigio que puedan tener, pues lo que Jean Guitton llama "el trabajo intelectual" se adapta perfectamente a la definición arriba mencionada de E. Borne; y, por otra parte, el trabajo no está desvinculado del conocimiento en la medida que se subordina al fin último de la vida, que es la celsitud espiritual, conjunción armoniosa de ciencia y amor. Pero es necesario ir paso a paso, con el objeto de que nuestras conclusiones tengan

** Jorge E. Saltor, Doctor en Filosofía. Dicta "Gnoseología", "Lógica" y "Epistemología" en las Universidades Nacionales de Tucumán y Jujuy*

un mayor peso argumentativo.

En los medios católicos se ha hablado con frecuencia, en estos últimos años, de una "filosofía del trabajo", así como de una "teología del trabajo". Esto debe entenderse en el estricto sentido de que las respuestas que el trabajador da a su actividad no pueden comprenderse de una manera autónoma, es decir, tales respuestas están de hecho y de derecho fundadas y sugeridas por una precomprensión antropológica y religiosa de la vida. Que esto es así, queda perfectamente documentado por la historia de la idea del trabajo; Aristóteles da respuestas precisas a la *poiesis* fundadas en una concepción metafísica del hombre y de la *polis*, de la misma manera que el calvinismo tardío— sobre el fundamento de una doctrina teológica de la caída, de la gracia y de la predestinación— asigna al trabajo una función que los griegos no sospecharon. En definitiva, pues, el trabajo no es una mera cuestión social; hay allí, en sus intersticios, concepciones metafísicas relacionadas en una simbiosis indestructible.

¿Es el trabajo un castigo, una maldición, pesado destino de un Sísifo? ¿Es, por el contrario, un modo de la plenificación existencial? Cuando se trabaja, ¿a quién se sirve? ¿A sí mismo o a la humanidad? ¿Es lo mismo rendimiento y eficacia que trabajo? El trabajar, ¿implica de por sí una mera actividad manual o bien están comprometidas en él todas las potencias intelectuales e incluso afectivas? Estas preguntas, y muchas más, se las hace implícita o explícitamente el trabajador de cualquier época. Y como puede verse sin dificultad, en tales preguntas hay un horizonte intencional, cuyo compromiso con previos postulados metafísicos es evidente.

Por lo pronto, creo que es nefasto, para una comprensión cabal del tema, separar como dos compartimentos estancos las actividades inmanentes del hombre y las transitivas. Por cierto, no es lo mismo el fomento de la alegría o de la piedad que constituyen un enriquecimiento de la vida interior o inmanente de la persona, que el construir una pared o podar una viña, cuyas finalidades se orientan más bien a una humanización exterior de la naturaleza. Esto es verdad. Pero hay que tener en cuenta, que el enriquecimiento espiritual del hombre implica un aprendizaje doloroso y una meticulosa transformación de fuerzas instintivas y pulsionales que frecuentemente juegan en su contra; implica, pues, un trabajo a todas luces esforzado. Antes de llegar a la noche misteriosa de la contemplación, extrañamente fruitiva y dolorosa a la vez, hay que pasar por la catarsis de los sentidos e inclusive de las consolaciones espirituales. Del mismo modo, el más humilde de los trabajos manuales exige al menos el conocimiento de juicios existenciales y de valor (algunas veces hasta de generalizaciones empíricas), como así también de habilida-

des que no han sido conseguidas al margen de un cierto esfuerzo intelectual. ¿Qué decir, por supuesto, de la moderna tecnología que requiere, cada vez más, una alta capacitación racional y una muy atenta concentración física? Un lunauta, por ejemplo, ¿no realiza acaso su trabajo bajo el imperio de una severa competencia científica y de destrezas personales conseguidas a fuerza de un entrenamiento sostenido? Si los griegos, e incluso los medievales, pudieron separar las actividades inmanentes de las transitivas, la transformación espiritual y la de la naturaleza, hoy en día tal separación se va borrando en la sociedad, y es absolutamente inadecuada desde la perspectiva de una metafísica del hombre. Cuando éste actúa, sea podando una viña o componiendo una sonata para piano, actúa con todo su ser; pero esto no implica que la balanza de la acción permanezca en equilibrio, pues es evidente que algunas veces el fiel se inclina hacia el polo de la interioridad y otras hacia el polo de la actividad externa.

2. El problema moral

Otra idea difícil de desterrar es la del valor moral del trabajo. Ciertos maestros de la vida espiritual trazaron a su alrededor una como especie de aureola de santidad, en la medida que se pensaba que el trabajo era un freno para las concupiscencias y que, además, entraba dentro de los motivos de la virtud de la obediencia. Muchos filósofos, por el contrario, vieron en el trabajo manual una maldición, pues impedía los ocios espirituales y la posibilidad de la contemplación; Próspero Podía vivir así de los sudores de Calibán. Yo creo, por mi parte, que el trabajo es moralmente neutro y que su justificación axiológica está dada por la finalidad moral que se persigue con él. Hay trabajos buenos y los hay malos. Si con ellos se pretende una mayor plenificación personal o un cambio social que se adecue al bien común de la sociedad, o una transformación de la naturaleza que implique erradicar el hambre, la pobreza, el pecado, las enfermedades, las limitaciones propias de la condición humana, entonces el trabajo habrá de considerarse como bueno desde el punto de vista moral. Pero el proxeneta, el narcotraficante, el vendedor de armas, el periodista a quien sólo le interesan las "habladurías" — para emplear el lenguaje de Heidegger —, el político empeñado en acrecentar su cuenta bancaria o su poder, etc., son también trabajadores, a veces de una tenacidad y de una clarividencia sorprendentes en la realización de su obra, moralmente inicua. Expresiones como "el trabajo ennoblece", "el asalariado es puro", "hay una virtud intrínseca en la actividad laboral", han fomentado una comprensión errada de la historia de la moralidad del trabajo. Al fin de este ensayo propondré un criterio justificado por la teo-

logía que, de alguna manera, proporciona una respuesta satisfactoria a la cuestión de la moralidad del trabajo.

Pero otro tanto puede decirse del conocimiento y de la contemplación. Hay conocimientos que de ninguna manera fomentan la espiritualidad y que, por su manipulación perversa, contribuyen a la destrucción del hombre. ¡Qué impresionante cantidad de verdades se pone en la construcción de los arsenales químicos y atómicos, cuán refinadas son las técnicas psicológicas y fisiológicas de envilecimiento— de las que hablaba Gabriel Marcel — para humillar la naturaleza humana, qué de argumentaciones válidas se manejan para destruir la competencia molesta y erigir los impresionantes oligopolios que pueblan hoy el planeta! La psicología profunda, además, nos ha prevenido contra las contemplaciones degradantes; si el éxtasis consiste esencialmente en una visión placentera, gratuita, sustancial y autojustificada de una realidad cualquiera, si se acepta esto, ¡qué nefasto pueden resultar el narcisismo, el sadismo, la manía erótica, la pornografía, la mitificación de idealidades tales como “la raza”, “el proletariado”, el “partido”, etc., todas alienaciones perversas, idolátricas y vesánicas! Si estas consideraciones tienen una pizca de verdad, entonces no hay duda de que el trabajo más excelso que puede proponerse un hombre es también el más difícil; me refiero al trabajo de su propia perfección, rodeado de acechanzas que sólo la oración, la obediencia y la ascesis pueden eliminar.

3. Perfección de la obra y del trabajador

Pero de ahora en adelante sólo me referiré al trabajo honesto y al conocimiento que es verdadero, no sólo porque implica una correspondencia con los hechos, sino inclusive porque muestra una conformidad con el bien moral. *Verum et bonum convertuntur*. Hay una distinción escolástica que puede servir de hilo conductor para lo que resta decir. Al mismo tiempo que debe tenerse en cuenta la *perfectio operis*, la perfección de la obra, hay que insistir también en la *perfectio operantis*, en la perfección del trabajador. Hoy en día, como es patente, se pone el acento en la perfección de la obra, esto es, en lo que se denomina “su calidad”.

Las leyes del mercado, en efecto, exigen la más alta calidad de los productos porque ello incide natural y directamente en los beneficios de la empresa; ya no se concibe prácticamente ninguna actividad fabril, agrícola o de servicios que no satisfaga al cliente, y para ello es necesario, por un lado, abandonar los tradicionales métodos de la producción y, por otro, fundar el trabajo en un conocimiento cada vez más refinado del ser. Las exigencias de la civilización, como también el uso racional de los recursos de nuestro planeta, requieren que la mano de obra sea una

mano de obra *inteligente*. No veo que una tal tentativa pueda ser descalificada; por el contrario, ella ayuda a achicar el abismo que la antigüedad había creado entre la mera labor manual y las capacidades creadoras de la inteligencia. Pero la *perfectio operantis*, la perfección del que trabaja, a mi modo de ver, está cada vez más descuidada, con lo que se rompe la armonía que debe estar presente en la obra y en el que la instaura.

Una de las justificaciones teóricas del maquinismo, del capitalismo, de la producción en serie, de la tecnificación, consistía en afirmar que, por una parte, se disminuiría así el esfuerzo físico y que, por otra, quedaría más tiempo para el ocio creador, para la alegría, para el deporte y, ¿por qué no?, para la contemplación. Es cierto que el esfuerzo físico en gran medida ha disminuido; el pesado trabajo de los mineros hoy lo cumplen gigantescas maquinarias y computadoras. Es curioso que esto no acontezca, al menos ostensiblemente, con el trabajo intelectual: cada día se deben aprender más cosas, leer más revistas y libros, pensar mejor, asistir a una mayor cantidad de congresos y simposios, viajar más, etc.; es digno de reflexionar que si un agricultor ha podido reducir sus horas de trabajo físico, no acontece lo mismo con aquellos que se dedican responsablemente a las labores propiamente intelectuales. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la civilización que nos toca en desdicha vivir ha multiplicado los ocios irrelevantes y, en consecuencia, las alienaciones. Quiero decir: en gran parte del planeta los hombres trabajan menos que hace cien años, pero las intrínsecas y perversas reglas de juego del consumismo han creado otras ocupaciones y necesidades que en nada inciden en la *perfectio operantis*; el alcohol, las drogas, la manía televisiva, las distracciones inmorales, la liviandad de las relaciones personales, etc. Son otras tantas maneras del olvido que no inciden de manera positiva en la perfección humana. No conozco registros o tablas estadísticas que ilustren sobre este punto, vale decir, no sé a ciencia cierta si hay o no hay, estadísticamente hablando, un mejor o peor aprovechamiento del tiempo libre; pero es evidente que la sociedad global, en una confabulación histórica de consecuencias imprevisibles, ha apostado en favor de "gastar" el tiempo y no a favor de "aprovecharlo". Se trabaja entonces para tener una mayor libertad de acción y se tiene mayor libertad de acción para añadir más eslabones a la cadena del consumo y de la alienación. Yo creo que es una exigencia irrenunciable del pensador cristiano fomentar aquellas actividades que enriquecen y ensanchan el espíritu (el amor, la plegaria, el deporte no profesionalizado, el conocimiento y gozo de la naturaleza y del arte, la consagración a la familia y a la comunidad, etc.) y, en consecuencia, desacreditar todas las actividades que no proporcionan un estado de mayor salud, de pensamiento más riguroso y de relaciones de amistad más profundas.

En el trabajo hay una conexión estrechísima entre el trabajador y una materia de la cual saldrá la obra. Por supuesto, como no distingo entre el trabajo manual y el intelectual, la palabra "materia" debe entenderse no en el sentido de algo corpóreo, sino en el de algo trascendente al que trabaja. Así, alguien puede enfrentarse con un pantano que tiene que desecar, o alguien puede también enfrentarse con una "materia espiritual", como la solución del teorema de Goldbach o la dirección de una película. Este dualismo entre el que trabaja y la materia que debe transformarse y humanizarse es esencial para una comprensión adecuada de la idea del trabajo. La calidad del producto, esto es, de la obra, depende de muchos factores concurrentes sobre los cuales no siempre tenemos libertad plena; la *perfectio operis*, pues, no implica de manera necesaria la eficacia histórica del trabajo. Pero hay algunos quehaceres en los cuales la obra —perfecta o imperfecta, pero siempre una obra— permanece extraña al operario, en el sentido de que una vez ejecutada no constituye parte integrante de su intimidad, a menos que sea como un recuerdo agradable o desagradable. Un granjero que entrega sus aves de corral a la corriente comercializadora ha ejecutado una labor que ya no le pertenecerá más en adelante; podrá quedarle, además de su rentabilidad normal, un residuo espiritual como la satisfacción del trabajo bien realizado o un aprendizaje más competente de su tarea; pero las aves de corral ya no formarán parte de su inmanencia. La obra se desvincula del operario.

Pero no siempre sucede así. Hay ciertos trabajos, sobre todo los de índole espiritual, en los que la materia que se transforma y humaniza pasa a constituir un patrimonio inalienable del operario, patrimonio que a la vez lo perfecciona. Tal es el caso, por ejemplo, del artista, del filósofo, del sacerdote, del científico; este último puede trabajar intensamente en la solución de un problema biológico, expresarlo en un artículo, entregarlo para la publicación en un revista especializada, pero su investigación pasará a constituir parte integrante de su biografía. Las teorías de Darwin, fruto de un esfuerzo físico y mental agotadores, no han pasado al anonimato; si bien forman parte del patrimonio científico de la humanidad, le pertenecen a Darwin como hombre, constituyen su intimidad y, en cierta manera, lo definen. El hecho de que se distingan obras que pasan al anonimato y otras que permanezcan para siempre unidas a la intimidad del operario, ¿implica acaso una desvalorización de los trabajadores cuyos frutos no tienen un destino personal? No lo creo, por la siguiente razón.

4. Perfección de la vida

Hay una tarea a la cual nadie puede renunciar: la perfección de

la vida. El granjero de nuestro ejemplo también está llamado al fin del conocimiento y del amor, como el artista o el filósofo. No hay ninguna garantía que un erudito en las obras de Platón o de Kant haya llegado a las altas cumbres del conocimiento y de la caridad; puede ser un hombre muy informado, pero la información no necesariamente implica sabiduría, en el sentido de que se posean verdades interiorizadas que enriquezcan la vida y, además, con las cuales uno establezca algo así como una servidumbre mística y noble. Quizás sea nuestro erudito un hombre muy refinado y, a la vez, pedante y vanidoso, con lo cual se aleja apreciablemente del *ordo amoris*. Trabajar en el destino de la propia alma, que consiste, vuelvo a repetirlo, en conocer más para amar más, es una tarea que concierne tanto al granjero como al filósofo. Incluso los grandes teóricos del paganismo, como Plotino por ejemplo, se dieron cuenta que la "procesión ascendente" del alma hacia lo Absoluto era el fin esencial de la vida. Un fin que, por otra parte, se puede cumplir de diversos modos: o atendiendo enfermos, como Don Orión; o exponiendo en poemas y comentarios del más alto valor literario y teológico las experiencias unitivas, como San Juan de la Cruz; o analizando con minuciosidad la naturaleza de la luz, como Louis de Broglie; o luchando por la dignidad de los menesterosos, como Ozanam; o cumpliendo estrictamente los deberes del propio estado, como lo hacen muchos hombres y mujeres. De cualquier manera, sobre este tema de la aspiración teándrica vale recordar una bella reflexión de Ortega y Gasset en su *Meditaciones del Quijote*: "¿Cuándo nos abriremos a la convicción de que el ser definitivo del mundo no es materia ni es alma, no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva? Dios es la perspectiva y la jerarquía; el pecado de Satán fue un error de perspectiva".

Ahora bien, ¿hay algún criterio para saber si se ama? ¿Hay algún criterio para dar valor moral a nuestro trabajo? Yo creo encontrarlo en los escritos de los grandes maestros de la vida espiritual, sobre todo, cristianos. Se dijo arriba que el operario se enfrenta siempre con una materia, sea ésta de índole puramente corpórea, sea de índole racional o poética. En este enfrentamiento, cuya modalidad es todo lo plural y diversa que se quiera, nace con "dolores de parto" una obra, que puede perderse en el anonimato del tiempo o permanecer en la inmanencia de una biografía. Pero siempre el trabajo implica la dualidad de un operario y de una materia a modificar. Pero ¿es el hombre el único obrero? ¿Es acaso el único que trabaja con tesón, inteligencia y amor? No, por cierto. Dios es el gran operario, el supremo trabajador, que por caminos inescrutables cuya Providencia conoce, se ocupa y se preocupa por la destinación final de cada alma, que es, en Plotino y en los místicos cristianos, la unión afectiva. Ese misterio del ángel de la guarda, esa voz de la conciencia moral,

realidades en las que pensamos ya muy poco, traducen de manera exacta la ininterrumpida y gran tarea que Dios realiza en nuestra interioridad: un acto que invita a su imitación, una sugerencia leída, un sermón escuchado, un comentario positivo, el análisis de los signos de los tiempos, un remordimiento, etc., son otras tantas formas con las que Dios modela el alma.

El operario humano exige una cierta docilidad a su materia: quiere que el campo fructifique, que el motor no se descomponga, que el experimento del laboratorio resulte exitoso, que el enfermo recupere su salud, que las argumentaciones matemáticas sean concluyentes, que la observación científica confirme la probabilidad de una hipótesis. Luchamos, en nuestro trabajo, para lograr la cooperación de la materia. Del mismo modo, Dios exige de nuestras almas la necesaria docilidad. Si somos maleables al trabajo divino, si nuestra generosidad no escatima esfuerzos, si nos amoldamos a la voluntad del Amado, entonces nuestros pobres trabajos temporales, por muy humildes que sean y por muy ineficaces que resulten, gozarán de una moralidad plena. Si la cooperación es la respuesta al trabajo de la Gracia— que no se niega a nadie— entonces nuestro quehaceres cotidianos, nuestras ocupaciones nobles, tendrán el sello de la caridad. Para los trabajos del tiempo debemos ser operarios entusiastas y activos; para el trabajo de la eternidad, tenemos que elegir libremente ser materia en las manos de Dios.